

Cuando LLORA mi guitarra

ESCRIBE:
JULIO HEVIA GARRIDO-LECCA
ILUSTRACIÓN:
VERÓNICA CALDERÓN CHUI

Entre risas macabras y llantos de felicidad, **sufre, el peruano sufre.** Ninguna estadística puede medir los altibajos que algunos de nuestros poetas más célebres y buena parte de los compositores del romance criollo se han encargado de grabar en el bobo nacional.

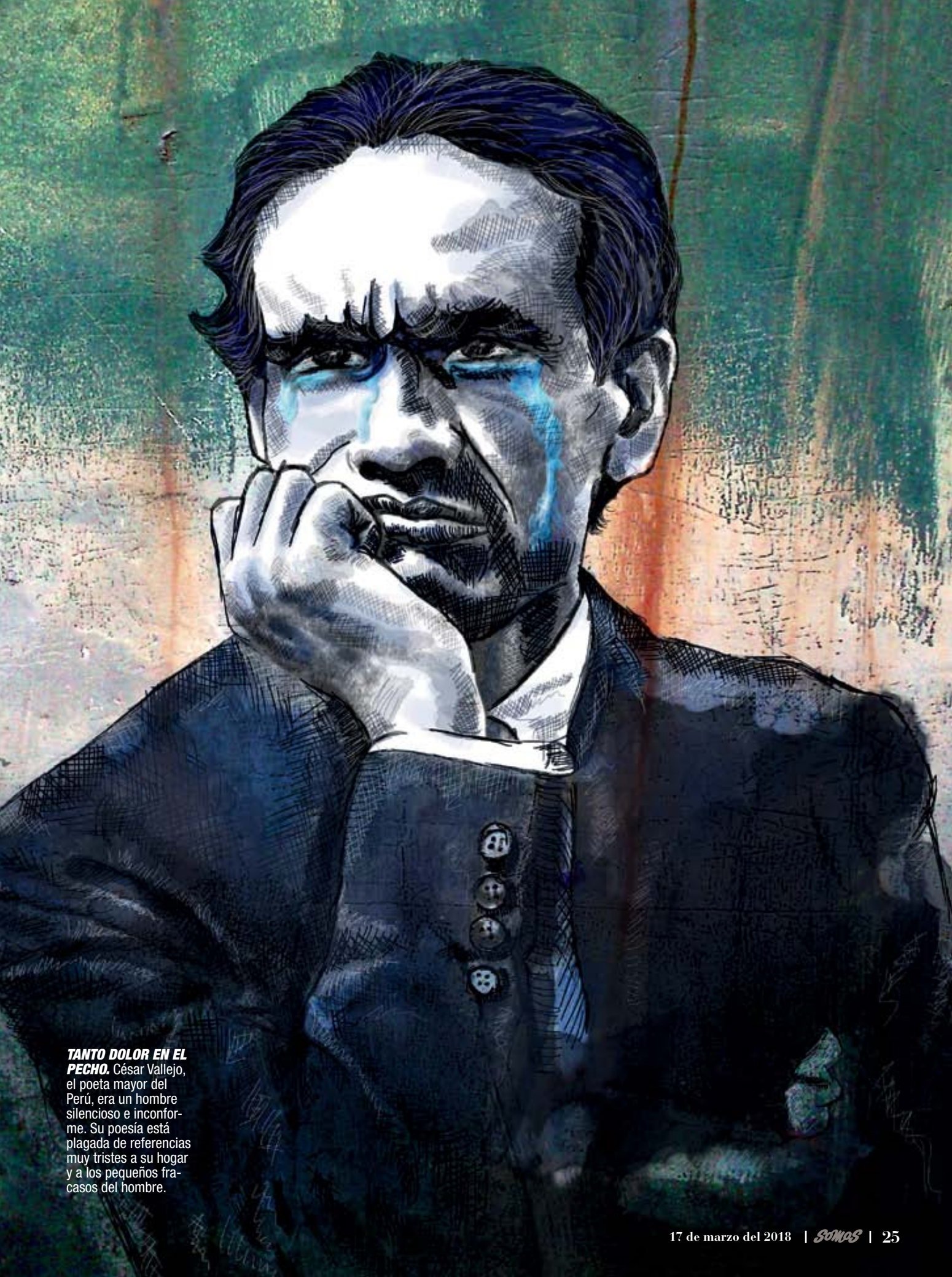
Jugando en pared con el sentido común, una larga tradición literaria y poética repite, cual coro griego, que el peruano es triste. Guitarras que lloran, quenas que sufren, cielos nublados, muertes en París, treintaiséis años sin clasificar, desastres naturales, analfabetismo, desnutrición, la lista es larga y la vida corta. Todo llevaría a pintar el panorama nacional en blanco y negro. No sabemos ser felices.

Nada casual para un orden de cosas tan tristón es que las llamadas telelloronas y la lacrimogénesis que son capaces de despertar hayan apuntado, desde su origen, a un obligado grupo objetivo: el de las amas de casa del más diverso rango y condición, y a jovencitas que todavía lo son o que ya dejaron de serlo. Tampoco es del puro azar el hecho de que al hombre típico el llanto deba resultarle históricamente prohibido, moralmente repudiable y racionalmente inexplicable.

Uno podría entonces preguntar-

se: si somos tristes, ¿por qué no lloramos? Si somos tristes, ¿por qué no estallamos?, ¿somos en verdad tristes? Suspendamos por ahora las respuestas. Siempre habrá, claro está, ante la marea de lo adverso, puertas falsas, fugas de fin semana y negaciones a diversa escala. La comunidad masculina en particular y la población juvenil en general hace, por ejemplo, de su encuentro con las botellas un salvoconducto para expulsar contenciones varias. Tal estrategia tiene bordes absurdos y derivas inexplicables pues, según indica la experiencia, a partir del cuarto vaso o de la quinta chela poco es lo que el otro escucha y mucho lo que todos dicen. Entre el bullicio y la música se van poblando las soledades bajo el paraguas de una atmósfera catártica que planea entre los impases del corazón y la bipolaridad del ánimo.

Quizá dándole la razón a Pablo Macera, quien pensaba que el peruano estaba demasiado ocupado imaginando chistes para poder en-



TANTO DOLOR EN EL PECHO. César Vallejo, el poeta mayor del Perú, era un hombre silencioso e inconforme. Su poesía está plagada de referencias muy tristes a su hogar y a los pequeños fracasos del hombre.

EN EL RINCÓN DE LOS ÁNIMOS

frascarse en revolución alguna, Rulli Rendo, cantante nacional, expresaba su extrañeza. Destacaba Rulli lo paradójico que en Lima, ciudad húmeda y sustancialmente ajena al verdor tropical, la salsa provocara tanto jolgorio. Sabiéndose además que tal género le insufla altas dosis de alegríaailable y energética altisonante a historias no poco dramáticas. No importa la transitoriedad de aquellos bálsamos y placebos que, por su propia naturaleza y función operan, en el mejor de los casos, como exorcismos de bolsilo. “Es lo que hay”, sentenció Markarián.

¿SOMOS TRISTES, SEÁMOSLO SIEMPRE?

¿Sufre peruano, sufre? Viejas ideas rondan renovándose entre nosotros, a tal punto que no sabemos si reconocerlas como efectos de causas añejas o cual cómplices actuales. Vayamos pues a aquellas encuestas sobre la felicidad que, inventadas allá, sirven para vilipendiar a los de acá. En función de sus resultados se diría que los peruanos somos tristes como Vallejo o desarraigados como Arguedas. ¿Qué responder? ¿Qué sostener ante tamaño vendaval de retratos? Igual podríamos replicar, por ejemplo, que

entre nosotros hubo torrebabélicos como Hernández e irónicos al mejor estilo de Rose, que hemos sabido ser enigmáticos con Watanabe e incluso gastronómicos al lado de Hinostraza; que, con Eielson, todo entre nosotros se anuda.

No precisamos de sondeos a escala continental para ubicar a los herméticos del ande y a los oportunistas de la gran capital; separar a los arribistas que fueron de los emprendedores que llegaron. Por no hablar de los vendedores de aceite y de los fabricantes de humo que, cual político desleal o ladrón de cuello blanco, nada saben de sus fechorías. La felicidad, recordémoslo, es como la verdad, pues tan pronto aparece como desaparece. Sus intermitentes brillos se opacan súbitos, sumiéndose en el agujero negro de la inflación alanista o del apagón senderista. Nada indica entonces que la felicidad deba cristalizar en un consenso universal

o constituirse en materia de medición estadística. No olvidemos que hay risas macabras y llantos de felicidad.

En algunos de los países más desarrollados del orbe, la juventud eleva incontinentemente la tasa de suicidios, de allí que distintos especialistas del sentir contemporáneo hayan declarado que la depresión es el malestar de moda, mientras que el estrés resultaría, agregamos nosotros, su mejor disfraz. Maffesoli, sociólogo francés, demostró que, mientras que en el viejo continente la gente se lanza de los edificios, en el tercer

“MIENTRAS QUE EN EL VIEJO CONTINENTE LA GENTE SE LANZA DE LOS EDIFICIOS, EN EL TERCER MUNDO LOS EDIFICIOS SE CAEN SOLOS”.

mundo los edificios se caen solos. Pisándoles los talones al problema real, está el aporte imaginario que cada cual añade a tales impases, elevándolos a la categoría de auténtica obsesión. Tememos que la búsqueda de la felicidad y la esforzada conservación de esta se encuentran obsesamente animadas por el peso aplastante de la comparación. Tal cual advertía Faulkner, de nada vale admirar al que está lejos si vamos a seguir envidiando al que se encuentra más cerca. Habría que abandonar entonces la noicnuestra-de-cada-día para mejor coexistir, para mejor conversar y convivir. Y si soñar no cuesta nada, en un mundo pletórico de ofertas llorar puede resultar, como suele decirse hoy, toda una experiencia. //

FIDEL CARRILLO



DOS MÁS. El encuentro con las botellas funciona como un salvoconducto para contener las soledades.